

Fragmento del libro “El mejor oficio del mundo”

La redacción es como un cyber pero más grande y más iluminada. Lo primero que me llama la atención son las paredes. No hay una sola pared limpia. Todas son un gran collage. A simple vista veo un póster viejo de Boca, una reina de la Vendimia de no sé qué año, un Umpa Lumpa con la cara de un exgobernador, una foto de Kirchner abrazado con Cobos, almanaques, tapas del suplemento de la sección deportiva, una gigantografía desteñida de Luciana Salazar, un blanco para tirar dardos pero sin dardos, un Del Potro en la tapa de Olé, una pizarra grande y sucia y decenas de papeles que no logro leer. También hay pósteres de Godoy Cruz, Gimnasia y la Lepra. En un rincón veo muchas sillas amontonadas, rotas, quebradas. Un cementerio de sillas. Al lado, en un mueble lleno de polvo, hay guías de teléfonos y pilas de diarios. Hay diarios por todos lados. Veo algunas computadoras encendidas pero no hay nadie trabajando. Parece un set de filmación que está listo para que lleguen los actores. Me siento un espía. Una mujer de limpieza repasa los monitores con una gamuza. Hay una calma extraña. Ojalá sea la calma que antecede al huracán. Me siento a leer el diario. La silla tambalea y me asusto. Busco otra silla más firme. Agarro el diario. No alcanzo ni a leer el título principal de la tapa que Achával –cada vez que lo veo para mí es Lanata– me llama desde su oficina.

Gonzalo Ruiz